

aborrezca... ¡Vanos propósitos! ¡Empeño inútil! Me refugiaba yo en el recuerdo de Angelina, como en un puerto salvador; me repetía una y mil veces cuánto ella me había dicho, sus palabras más tiernas, sus frases más doloridas, las expresiones que más hondamente habían penetrado en mi corazón, y cuando me creía yo victorioso y alardeaba yo de haber triunfado de mi mismo, la voz de Gabriela, el eco de su piano, el ruido de su falda, el aroma de sus vestidos, cualquiera cosa suya me hacía estremecer, y me sentía yo débil como un niño, impotente para resistir una mirada, la más indiferente, de sus ojos azules.

Me resolví á confiar á Gabriela mis amores con Angelina. Así,—pensaba yo—me salvaré, y no podré decirle nunca que la amo. “Vd., amiga mía, amiga cariñosa,—le diría—vd. sabrá, antes que nadie, que en la dicha de esa joven, que es y ha sido muy desgraciada, cifro todas mis ilusiones, todas mis esperanzas! Estoy lejos de ella, muy lejos; hace mucho tiempo que no la veo, y necesito oír su nombre, necesito que alguno sepa que la amo, que la adoro!...”

Pero llegaba el momento deseado, y mis labios permanecían mudos, y el corazón quería salirse me del pecho.



LVII

De tarde en tarde, después del despacho, salíamos de paseo, á lo largo del río, hacia los campos de caña de azúcar, hasta las faldas de pintoresca y cercana colina, algunas veces á caballo, las más á pie.

Mauricio empujaba el cochecito de Pepillo, y don Carlos y doña Gabriela le seguían á corta distancia. La joven y yo nos deteníamos aquí y allá en busca de flores ó de helechos.

Una ocasión, viéndonos á gran distancia de los señores, nos sentamos al pie de un árbol, uno de los más hermosos de la ribera, cerca del cual se precipita el río á través de tupidos carrizales. Delante de nosotros teníamos hermoso panorama, dilatada dehesa, verdes gramales, risueños collados, arboledas seculares cubiertas por floridas enredaderas, viejos troncos poblados de orquídeas y de mil plantas trepadoras. A la izquierda lejano caserío, la fábrica, *el real*, los establos, hacia los cuales volvía el ganado, la capilla con su torre envuelta en un manto de hiedras; á la derecha la vega villaverdina iluminada por

los últimos reflejos del sol; y en el fondo las altas montañas de la Sierra, sombrías, boscosas, coronadas de abetos y de ocotes. Gabriela observaba atentamente el magnífico espectáculo de la puesta del sol, prestando atento oído á los ruidos del campo, á los rumores del río, á los zumbidos extraños con que los insectos saludan el advenimiento de la noche; yo, recostado en el tronco de aquel árbol gigantesco, no apartaba los ojos de la encantadora señorita. Gabriela volvióse de pronto, y me dijo con sencilla franqueza:

—¿A que adivino en qué piensa vd.?

—¿En qué?

—¿Me ofrece vd. decirme la verdad?

—Sí.

—Piensa vd. en... Linilla!

—¿En Angelina?

—Sí; desde que salimos no aparta vd. los ojos de aquellas montañas. El amor no puede estar escondido... Cuando hablo de esa niña no me responde vd... ¿Le inspiro poca confianza?

—No, Gabriela: ¿á quién mejor que á vd. pudiera yo confiar uno de esos secretos que no se pueden guardar mucho tiempo?

—Hable vd., Rodolfo, hable vd. Una amiga como yo suele ser buena consejera... ¿Hay enojos en la niña? Pues contarlos á esa amiga. ¿Lani-

ña está contenta? ¡Pues decirlo!... ¿Padece vd.?... ¡Pida consuelo!... ¿Es vd. feliz? La felicidad es expansiva y franca. Sólo el dolor suele ser reservado y silencioso. Corresponde vd. mal á mi amistad. ¿No he sido yo la primera en contarle la triste historia de un amor desgraciado?

—Sí, Gabriela.

—Pues entonces, dígame vd. que ama á Linilla, y que Linilla le ama á vd. . . .

—No, Gabriela; —le dije, trémulo y sonrojado, —estimo la confianza de vd.; agradezco infinito la bondad con que vd. me trata, la amabilidad con que me distingue... pero ¿qué decir de Linilla? ¿Que la amo con fraternal afecto?

—¿Fraternal solamente? ¿Como á mí?

Sentí que me ahogaba la emoción. Gabriela escribía en la arena, con la contera de la sombrilla, una letra, una letra, que brilló ante mis ojos como si fuera de fuego. Me dolió el corazón como si me le mordiera una víbora. Tuve celos, celos horribles! ¿En quién pensaba la señorita? Aquella letra era la primera de un nombre amado, y ese nombre... ¡no era el mío!

—¿Como á mí? —repitió la doncella.

—Como á vd., Gabriela!

—Se engaña vd., Rodolfo. Angelina es dueña de ese corazón. Lo sé, no me cabe duda...

mi perspicacia de mujer supo descubrirlo ha tiempo. El nombre de Angelina suena en los oídos de vd. como celeste melodía. ¡Ya vd. lo vé! Me estoy volviendo poetisa.... Ustedes se aman. ¿Nada le ha dicho vd.? Algún día le confesaré vd. que la ama. Y entonces ella, que calla y oculta su secreto en lo más hondo del corazón, hablará también, y quedito, muy quedito, ¡así se dicen esas cosas! contestará:—"¡Te amó!" ¿Cómo se hablan ustedes, de tú ó de usted?

—¡De usted, Gabriela!

La señorita se echó á reír, y exclamó:

—Los labios dirán así.... pero los corazones nó!

En aquellos momentos oímos voces que nos llamaban. Los señores se habían detenido en un puentecillo por donde el coche del corcovadito no podía pasar.

—Señorita, nos llaman!

—Vamos.

Gabriela se levantó, y antes de dar un paso miró entristecida la cifra escrita en la arena.

Yo, al pasar, la borré con los pies.

—¿Qué ha hecho vd.?

—Nada, señorita!

—Bien hecho!.... ¡Mejor! Locuras mías.... ¡Quién pudiera olvidar!

LVIII

Oí que preguntaban por mí, dejé la pluma, me restregué los ojos y salí al corredor. Era Mauricio que volvía de Villaverde con la correspondencia.

—Tenga vd.;—me dijo el mancebo, quitándose respetuosamente el jarano—ahí vienen dos cartas para vd. Me dieron una en la casa; la otra en el correo. Hablé con la señora.... y vi á la enferma; yo creo que va muy de alivio porque estaba en la sala, sentadita en un sillón. Me pareció muy alegre. ¿No se ofrecé nada? Dígame vd. al amo que ya vine.... ¡Estoy hecho un pato! Me cogió el aguacero al pasar por la garita. ¡Qué aguacero! ¡Que Dios lo mandaba! ¡El primero del año! ¡Vaya! Y ya lo necesita-

ban las tierras, que la seca ha sido buena, los pastos estaban amarillos, amarillos! ¡Se ha muerto más ganado! Me voy, don Rodolfo, que estoy chorreando agua, y tengo que desensillar.....

Puse en la mesa de don Carlos el paquete de periódicos; volví á mi asiento; acabé los apuntes empezados, y en seguida leí mis cartas. Una era de cierto condiscípulo mío que solía escribirme de tiempo en tiempo, la otra de la tía Pepa que me decía:

“Carmen va muy bien. Sarmiento viene todos los días, y está contentísimo, porque la pobrecilla come y duerme á las mil maravillas. Ahora me ha confesado don Crisanto que en el último ataque vió á tu madrina muy mala, tan mala que poco faltó para que la mandara disponer. La Virgen me ha hecho el milagro; se lo pedí de todo corazón, y le ofrecí unos ramilletes. Recibí el dinero. Gracias, hijito. Dios te lo pague. Eres muy bueno con nosotras. ¿Por qué mandaste todo el sueldo, y nada guardaste para tí? Andrés dice que nada le debes, y nada quiso recibir. Dios lo ayudará siempre porque es muy bueno y muy agradecido. Del dinero he tomado para los avíos de los ramilletes de la Virgen. Tú pondrás el dinero que se necesite y yo el tra-

bajo, porque la promesa la hice por los dos, por tí y por mí. Angelina no ha escrito. No ha venido el mozo en toda la semana, y por acá estamos con mucho cuidado, temiendo que el Padre siga malo. El trabajo de la Semana Santa es pesadísimo. Figúrate que el Padre tiene que hacerlo todo. Yo estoy temiendo que siga malo; pero me tranquiliza la idea de que á ser así ya hubieran venido por Sarmiento, que es el médico de allá, aunque quién sabe si, por estar más cerca, llamarían á alguno de Pluviosilla. Hay allá uno que acaba de recibirse y dicen que ha hecho curas muy buenas. Lo que sí me disgusta es que Angelina no escriba, ni siquiera para saber de la salud de tu madrina. El domingo me puso cuatro letras, pero nada me dice para tí. Si hay carta te la mandaré con el muchacho. Ya sé que eres muy impaciente.

“Saluda de nuestra parte á doña Gabriela, á Gabrielita y á don Carlos, y díles que deseamos que el niño esté mejorcito.”

Me dió un vuelco el corazón; no pensé en el P. Herrera, ni en que estuviera enfermo. Me asaltó el presentimiento de que Linilla no escribía por alguna otra causa, y, á decir verdad, me creía yo culpable, y me pareció que Angelina

adivinaba que la señorita Gabriela le robaba mi amor.

Linilla no me quiere; Linilla no me ama; Linilla desea olvidarme,—pensaba yo. Y entonces ¡oh miseria del corazón humano! la pobre niña ocupó mi pensamiento, y cuando me encontré con Gabriela á la entrada del comedor me pareció que era otra mujer, otra joven cualquiera que ni me causaba interés ni era simpática para mí. Durante la cena hablé de Angelina, de su belleza, de la dulzura de su carácter, de su discreción, de sus habilidades y de lo mucho que todos la queríamos en casa. Gabriela acogió los elogios muy contenta, y repitió con entusiasmo cuanto yo decía. Se trató del P. Herrera, y don Carlos dijo que era muy digno de ocupar los puestos más elevados en la diócesis; que merecía ser obispo, y que su extremada modestia le tenía relegado en la Sierra, en un pueblo remoto que era como una Tebaída.

Después fuimos á la sala.

—Gabriela,—dijo don Carlos—sientate al piano y tócanos algo!

Obedeció la señorita, y durante una hora, hasta las once, estuvo tocando cuanto sabía que era del agrado de su padre.

Me puse á leer los periódicos; pero ni oía yo la música ni me enteraba yo de las noticias. Mi pensamiento, y mi alma estaban en otra parte. Me sentía yo satisfecho de mí. La conversación acerca de Linilla había sido, á mi ver, como una prueba de fidelidad, como una manifestación pública de mi amor. Linilla estaría contenta; el corazón le diría que su Rodolfo no amaba á otra; que su Rodolfo vivía sólo para ella; que su Rodolfo es incapaz de olvidarla. La idea de que Linilla dejase de quererme me llenaba de espanto, y me prometía yo serle fiel hasta más allá de la tumba. La idea de que podía yo perder á Linilla me perseguía de tal modo, y de tal modo me asediaba que hubiera yo querido volar en busca de la joven para decirle:

—Linilla, perdóname, perdóname! ¡He faltado á mis promesas! Te he olvidado un instante, pero un instante nada más! ¡Por piedad! No me niegues tu cariño! . . . Mira que sólo vivo para tí, para tí, Linilla mía!

No paré mientes en la música. Cuando dejó de sonar el piano advertí que Gabriela estaba cerca de mí.

—¡Qué de noticias interesantes traerán los pe-

riódicos, Rodolfo, cuando abismado en la lectura no ha oído vd. la sonata aquella. . . .

No supe como disculparme; murmuré torpes excusas, alabé una pieza que no había yo escuchado, y me levanté para despedirme.

Habló don Carlos de Villaverde, del día de la Cruz, del paseo en la Alameda y en la colina del Escobillar, y de la fiesta del Cinco de Mayo. Dijo la señora que Pepillo deseaba pasar ese día en Villaverde, se resolvió darle gusto, y la salida quedó acordada para el día siguiente.

En los momentos de retirarnos me detuvo don Carlos:

—El día cinco le esperamos á vd. Verá vd. á sus tías y comerá con nosotros. En la Plaza es la fiesta, y sin salir á la calle lo veremos todo: el paseo cívico, y los fuegos. . . . que será cuanto habrá que ver!



LIX

El día dos, al caer la tarde, llegó Mauricio. Me trajo una carta de tía Pepilla:

«Tu madrina sigue bien. Don Crisanto me dijo ayer que ya pasó el peligro; pero que el estado de Carmen no es bueno. Me ofreció venir á verla cada tres días. ¡Bendita sea la Santísima Virgen que nos ha sacado con bien! Los ramilletes salieron lindísimos, y ya estarán en el altar. Se llevaron de avíos más de cinco pesos, pero, eso sí, son de papel muy fino! No han escrito de San Sebastián, ni Angelina ni el Padre; será porque han tenido mucho á que atender con las fiestas de Semana Santa. Ahora tienen huéspedes; Castro Pérez anda por allá con motivo de que fué á dar posesión de unos terrenos á don Pedro

Amador, uno de los ricos de por allá. ¡Qué ocurrencias de don Juan! ¡Ir cargando con las muchachas! El Juez se va mañana. Como vive aquí enfrente vimos que ya le trajeron los caballos. ¡Tú dirás! En San Sebastián no hay más que jaca-cales, y toda esa gente habrá posado en la casa del Padre. No sé lo que harán para colocar á tantos en una casa tan chica y tan incómoda, ni qué darán de comer á tanta boca. Mandarían por víveres á Pluviosilla. Antier á las seis de la mañana pasaron por aquí las Castro Pérez: iban á caballo, con sombreros jaranos. ¡Buena visita! ¡Pobre de Angelina que habrá tenido que lidiar con ellas!

«A la una, cuando volvía yo de misa, me encontré á don Carlos. Iba con Gabrielita. ¡De veras que la muchacha es hermosa! Me dijeron que el día cinco vendrás á la fiesta. Nosotras estamos contando las horas. Carmen te manda un abrazo, y también Juana y Andrés.

«Sabes cuánto te quiere tu tía

MARÍA JOSEFA.»

Esta carta de la tía me devolvió la tranquilidad. Todo quedaba explicado. Angelina no había es-

crito por los quehaceres de la Semana Santa y por los huéspedes. Pero escribiría, sí, escribiría. De seguro que al llegar á Villaverde tendría yo carta de Linilla, y acaso dentro de pocas semanas vendría el Padre, y con él Angelina. ¡Bueno era el santo señor para no traerla!

Después de la cena, luego que los empleados se retiraron á sus habitaciones, me fui á la sala, abrí el balcón, y sentado en una mecedora, gozando del fresco de la noche, una hermosa noche de luna, me puse á pensar en Linilla. Sí, sí, ella sería la dulce compañera de mi vida! Me la imaginaba yo vestida de blanco, cubierta con vaporoso velo, coronada de azahares, tímida, sonrojada, trémula, radiante de alegría! Ya me parecía verla á mi lado, de rodillas, delante del altar.

Por el balcón, abierto de par en par, llegaban hasta mí, en alas de la brisa, los rumores del río, el susurro de los árboles, el zumbido de los insectos, el silbido de los reptiles, la voz vibrante de alado trovador. Delante de mí se abría dilatada calle de árboles. La luz de la luna pasaba á través del follaje y dibujaba en la arena blanquecina círculos vagarosos. En los vecinos naranjales se abrían los últimos azahares.

¡Hermosa noche! ¡Qué dulcemente que susu-

rraban los vientos! Pero, ay, qué solitaria y triste me pareció la sala! Estaba fría como una tumba, desolada como una alcoba de la cual han sacado un cadáver. El piano mudo; los pinceles olvidados; las rosas, pálidas y desfallecidas, se inclinaban al borde del rico tazón de Sèvres, y cuando el viento las movía dejaban caer, uno á uno, sus pétalos marchitos. Aun quedaba en el aposento el aroma de los vestidos de Gabriela. . . . El rumor de las hojas secas que caían en el balcón remedaba el roce de una falda de seda. . . .

Se había ido la hermosa señorita. No vivía para mí, no me amaba, no podía amarme, y ¡ay! me había robado el corazón! . . .

Pensé muy seriamente en la vida. ¡La vida! Un crepúsculo espléndido que dura unos cuantos minutos! Después. . . . sombras y obscuridad. Todo nos engaña. . . . la fortuna, la gloria, la amistad, el amor. Amamos, queremos ser amados, caemos á los pies de una mujer, y le ofrecemos el corazón, la vida, el alma, y luego, cuando somos correspondidos, cuando la dicha y la felicidad nos sonríen, olvidamos nuestras promesas más sinceras, nuestros juramentos más sagrados.

Me sentí desalentado y triste; comprendí que aquel amor que poco á poco iba apoderándose

de mi alma, era un delirio, una locura que me arrastraba hacia la ingratitud y la infidelidad.

¡Pobre niña desgraciada, huérfana, víctima del infortunio! Me amaba; había escuchado mis ruegos; me había dado su corazón, aquel corazón hecho pedazos por el dolor, y yo pagaba tanta ternura con el olvido. No; mi conducta era infame, inicua, vergonzosa! ¿Qué amaba yo en Gabriela? ¿La hermosura, la discreción? También Angelina era hermosa y discreta. ¿La elegancia? Si Angelina con sus trajes humildes y sencillos era tan elegante como Gabriela. . . . ¿La riqueza? No; la riqueza no puede dar felicidad á los corazones! Tía Carmen me había dicho que la señorita Fernández era rica. . . . sí, pero también me decía: *no seas causa de que una mujer lleve un desengaño.*

Ahogaré este amor y viviré para Linilla;—pensé—sólo para ella! Le escribiré, iré á verla, y le confesaré todo! ¡Es tan buena, tan sencilla, tan cariñosa! . . . «Mira Angelina, Linilla mía, perdóname!—le diría yo—He sido infiel á tu cariño, á tu amor. De hoy más, ¡te lo juro por la memoria de mis padres! viviré para tí, sólo para tí, ¿Qué haré si me faltas tú, si me niegas tu cariño? ¿Qué haré abatido y postrado por el dolor si no ten-

go el consuelo de tus palabras? Eres buena, muy buena, eres un ángel. . . . Yo quiero ser bueno como tú. Sálvame, Angelina. Una palabra tuya puede salvarme. ¿Verdad que me perdonas? ¿Verdad, niña mía, que todo lo olvidarás? Nadie te ha dicho nada, y yo mismo, yo mismo, sin temer tus enojos, vengo á confesarte que durante varios días otra mujer ha sido dueña de este corazón que es tuyo, solamente tuyo. Pero nunca te olvidé, aunque quise olvidarme de tí!"

Linilla me perdonaría, seríamos felices, viviríamos dichosos, y veríamos realizadas nuestras más bellas esperanzas.

Pensando en estas cosas pasé dos ó tres horas, en lucha conmigo mismo. La codicia, sí, la codicia, porque sólo ella me podía hablar de ese modo, me decía: — «¿Dices que Gabriela ama á otro, que vive pensando en otro, que no puede amarte? ¡Ten paciencia, ten calma, que no todo ha de ir tan de prisa como tú quieres! Ese joven á quien ya detestas, aunque no le conoces, no es digno del amor de Gabriela, y tarde ó temprano, el mejor día, se casará con alguna señorita más rica que ésta á quien ya amas. Gabriela le olvidará, y entonces. . . . ¡Ten calma! ¡Eres un muchacho sin experiencia! Déjate de melancolías y

de novelas; abomina de Lamartine y de Zorrilla, y recuerda que tu poeta favorito fué rico porque se casó con una inglesa millonaria. Ya verás cómo Zorrilla se muere de hambre, sin que le valgan glorias ni laureles, sin que los favores de príncipes y reyes le hayan sacado de pobre. ¡Ya sé lo que vas á responderme! ¿Que eso de casarse por interés te parece indigno de un caballero? ¡Escrúpulos pueriles! Ya procederás de modo que tu buen nombre salga ileso. ¿Que Gabriela no te ama? Espera.»

El amor hablaba noblemente. — ¡«Eres un villano! ¡No seas egoísta! Angelina te ama con todo el corazón, con toda el alma. ¡Pobre niña! Piensa que ha sido muy desgraciada; recuerda con qué franqueza, con qué sublime sencillez te contó la triste historia de su vida. Puedes hacerla dichosa. No tiene parientes ni amigos. El día que muera el P. Herrera la hermosa Linilla se quedará sola en el mundo, y se quedará en la miseria. . . . ¡Qué de amarguras se le esperan! Aun no te había visto y ya te amaba; viniste y desde que tú llegaste fué dichosa! Gabriela es buena, pero Angelina es un ángel. Rodolfo ¡eres un loco! El corazón de la huérfana es un manantial inagotable de ternura. En esa alma dolo-

rida viven el amor con todas sus virtudes, y el desinterés y la abnegación. Estás en uno de los momentos más solemnes de tu vida: mira lo que haces! No eres codicioso ni avaro; no ambiciosas riquezas; sueñas con una felicidad modesta y tranquila.... Hace pocos días pintabas en una carta bellissimo cuadro. ¿Te acuerdas? Una casa embellecida por Angelina; tus tías, felices, complaciéndose en verte; el P. Herrera lleno de alegría; tú y Linilla preparándole una sorpresa; y allá en el jardín dos niños, que parecían dos querubines, jugando con un arillo encascabelado. ¡Eso es lo que tú quieres! Lo tendrás á poco que te empeñes. Óyeme, óyeme: tú eres el único amor de Angelina. Antes de amarte á tí no amó á ninguno.... Gabriela ama á otro, y acaso no le olvide jamás!.... Supongamos que mañana eres esposo de esa elegante señorita.... ¿Quién responde, quién, de que Gabriela, es decir, tu esposa, no piense algunas veces en Ernesto? El otro día le viste escribir una letra.... y sentiste celos, celos horribles! ¿Me pides consejo? Haz lo que quieras; pero antes consulta con tu conciencia."

Ésta me acusaba de ingrato. La conciencia quedaria tranquila y callaría. La firmeza de mis

propósitos y mi conducta futura lograrían dejarla satisfecha. Linilla no sabría nunca que su Rodolfo le había sido infiel.

Me asaltó entonces horrible presentimiento. Las señoritas Castro Pérez estaban en San Sebastián.... ¡Eran tan indiscretas! Pero, en suma, ¿qué podrían decir? Los embustes que todos repetían en Villaverde, y nada más!

Cuando me levanté de la mecedora para cerrar el balcón, daban las doce en el reloj del escritorio. Allá, en el fondo del jardín, seguía cantando el trovador alado.

Al atravesar la sala aspiré con delicia el aroma de las flores que se morían en el tazón de Sèvres; el piano de Gabriela me pareció como todos los pianos; los pinceles esparcidos en la mesa de trabajo, junto á la acuarela principiada, nada me dijeron de la rubia señorita.

Dormí tranquilamente. Así deben dormir los que tienen una buena conciencia.



LX

¡Valiente fiesta! Villaverde fué imperialista hasta la medula de los huesos, y por aquellos tiempos hizo alarde de su hostilidad al partido imperante. En mi querida ciudad natal todos eran conservadores, y al advenimiento del régimen monárquico más de un budista villaverdino soñó con títulos y blasones.

Ya se comprenderá, por lo dicho, que las fiestas del Cinco de Mayo no podían ser en Villaverde ni populares ni lucidas. Los patriotereros albotaban el cotarro, pero sin resultado alguno.

Repiques y disparos de morterete al amanecer, á medio día y á la caída de la tarde; procesión cívica á las once de la mañana; discurso de Jurado y versos de Venegas en la alameda de Santa Catalina, y fuegos artificiales en la Plaza principal, bautizada ese día con el nombre de *don Pancracio de la Vega*. Este era el programa acordado por la R. Junta Patriótica, el cual, impreso en grandes pliegos de papel tricolor, fué repartido

profusamente y fijado en todas las esquinas. En un artículo *transitorio* se decía que *la Junta pedía y reclamaba de los villaverdinos que decorasen por el día é iluminasen por la noche el frente de las casas.*

Pero á pesar de los esfuerzos del H. Ayuntamiento y de la R. Junta Patriótica, presidida por el eterno don Basilio, nadie correspondió á tan cortés invitación. Los edificios públicos, esto es, el Palacio municipal, la Aduana, el Juzgado, la Escuela y el Hospital «Pancracio de la Vega» amanecieron muy adornados con banderas de papel y festones de *rama de tinaja*, y así la casa del Alcalde, la de Venegas y la de Jurado.

La procesión cívica, ó, como dicen en Villaverde, el *paseo*, salió muy *rascuacho* y ratonero. Iban en ella los individuos del Ayuntamiento y de la Junta, los empleados, el comandante de la policía, diez ó doce gendarmes, y los chicos de la Escuela.

Estos llevaban sendas banderitas de papel de China. Cerca de don Basilio marchaban los oradores: Jurado y Venegas. El primero, muy orondo y gravadoso, con vestido negro y sombrero de seda, dejando ver entre las solapas de la levita voluminoso papasal; el segundo no se echó en

cima el fondo del baúl, iba con el traje diario, pero aseado y limpio, y fingía una modestia verdaderamente angelical.

Leíase en el rostro de todos que la indiferencia del público los tenía contrariados, y que la hostilidad de mis paisanos los hacía rabiar. De seguro que Jurado previó el desaire y se preparó para el desquite, porque en su discurso, que duró cerca de una hora, trató atrozmente á los conservadores, dijo pestes de las testas coronadas, y maldijo mil veces de quienes habían vendido á su patria por un *puñado de lentejas*. El tal discurso fué aplaudido calurosamente. No pude oír los versos del pedagogo, porque las doce habían dado ya, y me esperaban en la casa del señor Fernández.

—Vd. me perdonará:—le dije—mis tías me aguardan. . . .

—¡Tiene vd. razón!—me contestó—Pero vendrá vd. esta noche. Desde aquí gozaremos de la fiesta.

Me pasé la tarde con mis tías. . . . Andrés fué á comer con nosotros, y allá como á las seis, me propuso que saliéramos á dar una vuelta. El viejo servidor estaba contentísimo.

—¡Qué gusto!—exclamaba á cada rato—¡Qué

gusto! Hijo: ¿no te lo dije? El señor don Carlos es muy buena persona. Apúrate, aprende esas cosas del comercio que antes no sabías, y adelante, hijito! El corazón me dice que antes de morirme te veré establecido y casado.

—¿Casado?

—¡Por supuesto!

—¿Con quién?

—Con una muchacha buena, hacendosa, que te quiera mucho.

—¿Pobre ó rica?

—¡Eso será como Dios quiera! Por mi gusto.... pobre! Como Angelina.... Yo he sospechado.... —el buen viejo sonreía maliciosamente, guiñaba los ojuelos vivarachos—yo me sospecho que no le pareces á Linilla un costal de paja.... ¡Vaya! Y ella, bien que te agrada! ¡Te alabo el gusto, hijito! Trabaja, trabaja con fe, con mucha fe, y cástate. Si tus padres vivieran estarían muy contentos.... Las muchachas así, como Angelina, le gustaban mucho á tu mamá. Cástate. Yo no me casé porque cuando pude hacerlo ya era viejo, y además no necesitaba de familia. Con los de tu casa tenía yo bastante. Siempre me quisieron mucho. Lo único que siento es que no he podido pagarles tantos fa-

vores como les debo. Amito: si yo fuera rico no tendrías que servir á nadie, nadie te mandaría....

El pobre Andrés me abrazaba enternecido.

Llegamos á la tienda de *La Legalidad*.

—¿Entras?—me dijo—¿Quieres un refresco?

—No; voy á tomar chocolate con las tías, y luego á casa de don Carlos.

—¿A qué hora saldrás de allá?

—Después de los fuegos, ó, si puedo, antes.

—Te aguardaré en la esquina de la parroquia.

—Pasa por mí á la casa del señor Fernández.

—No....

—¿Por qué no?

—¡Bonita facha la mia para ir allá! ¿Qué viene á buscar ese viejo?—dirán.

—¡Andrés!

—No, amito; conocerse no es morir....

A las nueve y media llegué á la casa de Gabriela. En la antesala jugaban á los naipes varios amigos. Sarmiento, Porrás, don Carlos y el P. Solís. La señora y Pepillo estaban todavía en el comedor. No bien saludé á los jugadores cuando apareció Gabriela.

—Rodolfo: vd. no gusta del tresillo.... Venga vd. acá. Le enseñaré unas acuarelas de mi maestro....

Nos dirigimos á la sala que estaba á media luz. Mientras Gabriela fué á traer los dibujos yo me acerqué á la reja.

La plaza estaba iluminada á *giorno*, como decían los programas de la Junta. En el Palacio ardían centenares de vasos de colores. Cerca de la fuente, en un tablado, la charanga del Maestro Bemoles tocaba una desastrada fantasía del *Baile de Máscaras*. La concurrencia era numerosa, pero popular, popularísima: gente humilde, la que acude en tropel á los espectáculos gratuitos. Al pie de la balaustrada, á lo largo del atrio y á la orilla de las aceras, puestos de cacahuates, de torrados, de nueces, iluminados con hogueras de ocote, y algunos con mortecinas linternas. En todas partes se oían los gritos de los vendedores: ¡Cuarenta nueces! ¡Al buen tostado! ¡A tomar la niii...eve! ¡De limón y de leche! En los espacios libres de paseantes jugaban al toro los granujas. Los chicos quemaban petardos y cohetes chinos, y todo era bullicio y confusión. No lejos de mí una vieja de superabundante plasticidad freía sus buñuelos. La fina membrana, blanca, suavísima, iba en pocos minutos de la rodilla de la buñolera, de la servilleta nivea, á la sartén hirviente; chillaba la manteca al apoderar-

se de la masa, la cual se esponjaba en mil ampollas, y á poco salía el buñuelo incitante y tentador, aunque despidiendo cierta fragancia empalagosa.

De tiempo en tiempo, un cohete de arranque subía rasgando los aires, estallaba en las alturas, y se deshacía en chorros de fuego, en luces blancas, verdes, rojas, que esmaltaban con los colores nacionales el obscuro cielo. Tronaban en el atrio los mortereros disparando marquesas, reventaba la bomba, y se iluminaban con rapidísima claridad, cúpulas y torre.

—Aquí, Rodolfo!—me dijo la señorita desde el velador—Verá vd. que linda colección.

Y me mostró veinte ó treinta acuarelas: flores, frutas y pájaros, pintados magistralmente.

¡Nunca vi á Gabriela más hermosa! Vestía galano traje azul, de un azul desvanecido, pálido, como el color del cielo en una mañana de otoño.

—Nosotros nos colocaremos en esa ventana. Dejaremos la otra para Pepillo que se divierte mucho con estas cosas....

Repito que nunca me pareció más bella la rubia señorita. Cuando la contemplé á la luz del quinqué la ví como envuelta en una atmósfera de oro. Todos mis proyectos vinieron á tierra; la

pasión adormecida se despertó anhelante, y la imagen de Linilla, presente hasta ese momento en mi memoria, se desvaneció de pronto en las tinieblas del olvido. Me sentí sin fuerzas ante la hermosura de Gabriela, vencido, avasallado.

—Sopla un viento muy fresco... cosa rara en este mes. Sin duda ha llovido en la Sierra... ¿No tiene vd. frío? Yo sí. Será porque estoy muy nerviosa. Voy por un abrigo.

Se dirigió á la recámara. Mis ojos la siguieron... A poco salió envuelta en un chal anchísimo, de felpa de seda, color de púrpura.

—Vea vd.:—exclamó, sentándose en una mecedora,—cerca tenemos el castillo...

En aquel instante levantaban frente á nosotros á cincuenta pasos de la acera, un árbol de fuego, la pieza principal, que era saludada por los granujas con jubiloso vocerío. Los discípulos de Bemoles volvían á la carga con festiva polca, *Arlequin*, muy en boga á la caída del Imperio y popularizada por los famosos músicos de la Legión austriaca.

—Deseaba yo hablar con vd., Rodolfo. Tengo que contarle muchas cosas; tengo que darle muy alegres noticias....

—¿Alegres noticias?

—Sí, muy alegres....

—Veamos cuáles son.

—No merece vd., amigo mio, que yo le confie dichas de mi corazón. No; ciertamente que no! Vd. no ha sido franco conmigo. Creí que vd. y Linilla se amaban, y lo dije; quería yo que tuviese vd. en mí una amiga, una hermana, á quien le contara vd. sus dichas y sus penas... Y vd., Rodolfo, no me dijo la verdad....

—Bien,—prosiguió alegremente—yo no pago en la misma moneda. Sé bien que el amor, el verdadero amor, es tímido y pudoroso, que no gusta de revelar secretos, que se afana por vivir escondido.... ¡Merece vd. disculpa! Pero sé también que cuando amamos, cuando se ama como yo sé amar, es necesario que hablemos con alguno, de la persona amada. Se entiende que con alguno que sepa sentir como nosotros. Yo me habia soñado que seríamos muy buenos amigos.... Vd. sería el confidente de mis tristes amores; yo, de los venturosos amores de vd. Pero el caballero don Rodolfo no tuvo confianza en Gabriela, en la pobre Gabriela que amaba y no era feliz. Y me decía yo: ¡Dichosa Linilla! ¡Ama y es amada!....

En aquellos momentos principiaron los fue-

gos. Ni Gabriela ni yo volvimos el rostro hacia la calle. Ardían ruedas y ruedas, tronaban las marquesas, surcaban el aire vistosos cohetes, y nosotros no mirábamos nada.

Gabriela prosiguió:

—Dígame vd. . . . ¿No es verdad que está vd. enamorado de Linilla?

No pude articular una palabra.

—¿No es cierto que ustedes se aman? Respóndame, Rodolfo!

—Oiga yo antes, Gabriela, esas noticias alegres que tienen á vd. tan contenta.

—¡Ah!—prorrumpió la hermosa señorita, iluminada por los reflejos multicolores de las luces de Bengala—¡Tan contenta! . . . Quiero que vd. participe de mi dicha!

Presentí lo que Gabriela iba á decir. Un ser invisible lo murmuró á mis oídos. Entorné los ojos, deslumbrado por el incendio general del árbol de fuego, y á través de la mancha rojiza que percibían mis lastimadas pupilas, me pareció ver el rostro de Angelina pálida y llorosa.

—Diga vd., Gabriela. . . .—dije muy quedito. . . .

—¡Me ha escrito! ¡Me ha escrito! Una carta muy tierna, una carta muy sentida!

—¿Quién?

—Ernesto.

—¿Sí?

—¿Le sorprende á vd?

—No. . . . pero no lo esperaba. La resolución de vd. . . . los deseos de don Carlos. . . .

—Mi padre cederá. . . . En cuanto á mí. . . . Soy mujer, esto es, soy débil. Ernesto me ama, estoy segura de ello! . . . Ahora me escribe, implorando mi perdón. Ruega, suplica, y no puedo despreciarle porque le amo. . . . Puede mucho una mujer. . . . Yo mataré en el corazón de Ernesto esa pasión funesta. . . . yo seré su ángel tutelar. . . . y cuando le vea yo regenerado, cuando haya dejado para siempre ese vicio horrible. . . . le daré mi mano! Dicen que soy hermosa, dicen que soy inteligente, que soy amable. . . .

Pues bien, todas esas cualidades me servirán para redimirle. . . . ¿Aprueba vd. mi pensamiento?

—Y si no consigue vd. lo que se ha propuesto?

—Entonces. . . . Entonces seguiré amándole como ahora! ¡Si es mi primer amor, mi único amor!

La pobre señorita bajó la mirada, y quedó pensativa y silenciosa. Entraba por la ventana un torrente de luz, y la estancia, casi oscura, se

iluminó con melancólica claridad lunar. Los fuegos habían terminado. Centenares de cohetes de arranque, disparados á la vez, salían del atrio. Ascendían, trazando en los espacios gigantescas curvas, tronaban en lo alto, y de la explosión brotaban raudales de polvo de oro, centenares de luces que al descender semejaban una lluvia de piedras preciosas. La charanga se soltó tocando el Himno Nacional. Dominó Gabriela su abatimiento, y me dijo en voz baja, con expresivo acento sigiloso:

—Hoy le contesté á Ernesto. Papá lo ignora, sólo vd. lo sabe. . . . Dígame, Rodolfo: ¿Quiere vd. á Angelina, así, como yo quiero á Ernesto?

—Sí.

—¿Y ella le ama á vd?

—Sí, mucho! ¡Como no lo merezco!

—Pues bien, amigo mío: sea vd. digno de ella!

La fiesta había concluido, la multitud se dispersaba, y los tertulios de don Carlos salían en busca de las señoras para despedirse de ellas. Media hora después estaba yo en mi casa. Me encerré en mi cuarto y escribí larguísima carta. ¡Ay! Una carta que nunca llegó á manos de Angelina.

LXI

A las siete, cansado de esperar á mi tía Pepilla, me senté á la mesa. Juana se apresuró á servirme. En esos momentos llegó la anciana.

—¡Ay, Rorró! ¡Qué dirás de mí! ¡Pero, hijito de mi alma, qué misa tan larga! ¿Ya te desayunaste? ¿No? Pues aquí tienes compañera. . . . Vamos, Juana; pronto, prontito, vea vd. que Rorró tiene que irse!

Tía Pepilla puso en un extremo de la mesa el libro y el rosario, y quitándose el pañolón le arrojó sobre el respaldo de una silla.

—¿Te vas hoy?

—Sí, tía; luego que acabemos. Ahí en mi mesa está una carta para Linilla. Mándela vd. con el que venga de San Sebastián. Hoy ó mañana vendrá el muchacho. . . .